

CAPÍTULO II.

EL LUJO PREADAMITA.

DÉBESE el descubrimiento de los primeros simios del grupo antropomorfo á Eduardo Lartet «(que tanto contribuyó al triunfo de las teorías de Boucher, con su *Memoria sobre los restos humanos fósiles de la caverna de Aurignac.*) En 1837, señaló en Sausan el *Pliopitheco antiguo,*» (que como indica su nombre, estaba para Lartet más cerca de los antropomorfos que de los macacos) «animal, probablemente vecino de los gibones. Más tarde, describió el *Dryopitheco,* del que sólo se poseen, por desgracia, la mandíbula inferior y el húmero;» (y que, como indica su nombre, se supone que vivía en las copas de las encinas, por cuanto se han hallado sus restos junto á algunos troncos de dicho árbol) «que halló M. Fontan en Saint-Gaudeus, asociado con huesos del rinoceronte, de macrotherio, y de dicrocerus que en Sausan se encuentran; por consiguiente hay motivos para pensar que pertenecen al mioceno medio.

«Era el dryopitheco un simio del más elevado carácter. Aproxímase al hombre por varias particularidades. Su talla, poco más ó menos, sería la misma; los incisivos eran pequeños; los molares tenían mamelones menos redondos que los de las razas europeas, pero bastante parecidos á los mamelones de los molares australianos; pero se ha supuesto (lo que no es cierto) que la última molar salía después de la canina, como la muela del juicio en el hombre. Mas al lado de estas semejanzas, hay una diferencia que salta á la vista, tan pronto se compara una mandíbula humana con la de un dryopitheco; pues en una mandíbula humana el primero de los molares es más grande que no en el dryopitheco, la diente canina y los premolares, son, por lo contrario, más débiles; esta diferencia es de una importancia considerable, pues el encogimiento de los dientes de delante, está en relación con la poca salida de la cara, y por consiguiente, es un signo de la superioridad humana; lo que caracteriza esencialmente la cabeza del hombre, es un desenvolvimiento extremo de los huesos que rodean el encéfalo, asiento del pensamiento, es una disminución de los huesos

de la cara, hasta tal punto notable, que, en vez de formar un hocico, no son más que la fachada de la cara. Además, aun cuando lo conozcamos roto, deja ver el canino del dryopitheco que debía ser mucho mayor que las otras dientes; y esto es todavía de gran importancia; el simio macho está armado con enormes caninos; en cuanto al hombre, parece que para proteger á su compañero, no sintió la necesidad de tales armas; su genio suple toda clase de instrumentos de ataque y defensa. En fin se ha señalado como carácter diferencial un ligero chichón que se presenta en los dientes del dryopitheco y falta en los dientes humanos.

«La cuestión de las relaciones y de las diferencias entre el hombre y el dryopitheco, ha tomado una importancia muy grande, á contar de estos últimos años, á consecuencia de hallazgos que se han creído hacer de vestigios humanos en el terreno mioceno. En 1868, un sabio muy conocido, el coronel Laussedat, presentó á la Academia de Ciencias una mandíbula de rinoceronte que procedía del mioceno de Billy (Allier), en la que se veía un corte que varios naturalistas pensaban que era obra del hombre; el abate Delaunay encontró en el mioceno de Ponancé (Maine-et-Loire) una costilla de *Halitherium*, llevando también cortes que igualmente se han atribuido á la acción humana; M. Garrigou ha emitido la opinión de que ciertos huesos de Sausan los había quebrado la mano del hombre; el señor Barón de Ducker ha manifestado la misma creencia á propósito de los huesos de Pikermí. Hoy son pocos los que admiten tales suposiciones. Pero no sucede lo mismo con las observaciones hechas por el abate Bourgeois en el mioceno de Thenay, cerca de Pont-Levoy, (Loir-et-Cher). Ese sabio geólogo ha encontrado sílices que él considera como habiendo sido cortados por un ser más inteligente que los animales actuales, y su opinión la comparten antropólogos muy hábiles, entre los que citaremos á los señores Marqués de Vibraye, Vorsae, de Mortillet, de Quatrefages y Hamy.

«Es incontestable que el limón de pedruzcos negros, donde se encuentran los sílices considerados como cortados, descansa regularmente debajo la capa de calcárea de Beauce. Por lo demás, el abate Bourgeois es un geólogo demasiado inteligente, para que pudiera dardarse de la exactitud de sus determinaciones estratigráficas. La cuestión está en si los sílices han sido ó no trabajados. Encuéntrense enterrados en una capa de sílices rodados, y me parece que, si se ponen al lado unos de otros un buen número de esos sílices, pocas serán las personas que conseguirán establecer, con una lucidez que no deje lugar á dudas propias, un límite entre el sílice considerado como cortado y el que no lo ha sido. Cuando se trata de instrumentos humanos, me siento siempre dispuesto á tener más confianza en las apreciaciones de los sabios que han hecho de ellos un estudio especial que no en mi propio juicio. Sin embargo, ante la nueva de un hecho tan importante, como la existencia de un tallador de guijarros de la época del mioceno medio, preferiría otras pruebas de las que pudieran juzgar sin vacilación todos los geólogos. La época del mioceno medio es de una grande antigüedad: después de la fauna de las calcáreas de Beauce y de los *faluns*, vino la fauna del mioceno superior de Eppelsheim, de Pikermi, de Leberon, que difieren de ella; después de la fauna del mioceno superior, existe la del plioceno inferior de Montpellier; después de la fauna de Montpellier, ocurrió la del plioceno de Perrier, de Solilhac y de Coupet; después de esta fauna, hubo la del *forest-bed* de Crower; á la época del *forest-bed* siguió la época glacial del *boulder-clay*, que hubo de ser largo, á juzgar por los depósitos de Norfolk; á la época del *boul-*

der-clay siguió á su vez la del diluviano; luego vino la edad del rengífero, y por último la edad actual.

«Cualquiera que sea la manera que se suponga para explicar como ocurrieron tantos cambios, ya sea que resultaran de creaciones distintas ó independientes, ya fueran resultados de las transformaciones, geólogo alguno puede dudar de que no exigieran un tiempo inmenso. No hay, en la época del mioceno medio, una sola especie de mamífero idéntico con las especies actuales. Cuando uno se coloca en el punto de vista de la paleontología pura, es difícil suponer que los talladores de sílices de Thenay, quedaran inmóviles en medio de ese cambio universal. Si, pues, llegara á demostrarse que los sílices de la calcárea de Beauce recogidos por el abate Bourgeois, son cortados, la idea más natural que se presentaría á mi espíritu, sería la de que fueron cortados por los *Dryopithecus*.» (Figura 1). (1)

Para todos los hombres impuestos de lo que representa en las ciencias naturales el nombre de M. Gaudry, puestos bajo su bandera, y admitiendo con él la hipótesis de deberse los sílices cortados de la edad terciaria descubiertos en Francia y Portugal al *dryopitheco*, podríamos entrar en la exposición de un sin número de hechos que probarían el progreso realizado durante este período de la historia de la tierra, y por consiguiente, veríamos como el lujo aparece por doquiera revistiendo las formas posibles, pues, ¿quién duda que en último caso, el mismo hecho de tallar los sílices el *dryopitheco* es una pura cuestión de lujo, no sólo por el arte con que parecen tratados, sino porque los guijarros silíceos, poco más ó menos presentándose bajo la misma forma, hacían innecesario tal gasto para su uso? Pero hemos de confesar que tenemos escrúpulos en penetrar más adelante, que vacilamos en figurar y figurarnos este primer cuadro de la vida de la tierra, en representarnos una tribu de *dryopithecus* labrando sus armas de combate ó de caza, ora aquí y allá, ora en sus talleres para proveerse de ellos, pues este período simio de la civilización tiene aún la propiedad de exaltar los nervios de los que prefieren ser hijos ó descendientes de un hombre degenerado, á la de serlo de un sér constantemente perfeccionado.

Aun lo poco que hemos dicho bastará para que se acusen con mayor ó menor severidad las tendencias de esta obra. Pero ¿podíamos obrar de otro modo? ¿Podíamos dejar á un lado la hipótesis de hoy, que tal vez será la verdad de mañana, y por consiguiente un hueco en nuestra obra, entónces imposible de llenar?

Santo y bueno que se nos reprendiera si diéramos puesto á una de esas hipótesis sin base, y por lo tanto no recibidas en los círculos científicos. Pero cuando, por lo contrario, es el hombre más autorizado de Europa quien se pronuncia de una manera tan abierta en favor de la hipótesis de ser el *dryopitheco* el primer sér de la edad de piedra, ¿cómo nosotros, que tanto aplaudimos y admiramos su prudencia, hemos de negarnos á sus conclusiones? Júzguese como se quiera nuestra conducta. Nosotros creemos que nuestra pluma no debe emplearse más que en el servicio de la verdad cierta, y de lo que se reputa como verdad probable en este momento histórico.

Así terminábamos, cuando al corregir estas páginas llega á nuestras manos el número

(1) GAUDRY.—*Les enchainements du Monde animal, dans les temps géologiques*, Paris 1878.—Págs. 235 á 241.

de Noviembre del año 1885 de la *Revue bibliographique universelle*, llamada *Polybiblión*, cuya ortodoxia hasta hoy nadie ha puesto en duda, y cuya *Revista* está, desde los primeros días de su publicación, reputada, como la Revista bibliográfica católica por excelencia. ¿Cómo, pues, resistirnos á traducir el juicio crítico que en ella se hace de las lecciones de M. Mathias Duval, dadas en la Escuela de Antropología de París y publicadas en esa ciudad con la fecha de 1886 bajo el título de *Darwinismo*, por los editores A. Delahaye y E. Lecrosnier, cuando, no habrá á su lectura, quien de leido y católico se precie, que no tenga por materia opinable el darwinismo, desde el momento que la *Revista* lo estima así, sin censura de nadie, y

por consiguiente nos creamos nosotros por lo que aquí hemos dicho, y por lo que decimos en nuestra *Introducción* sobre el sentido estético de los animales, libres de la acusación de materialistas y ateos?

Sobrado sabemos que aquí abrimos un paréntesis á nuestra historia, pero recordando constantemente el público de nuestras obras, creemos que es lícito esta y otras digresiones parecidas para desvanecer las mil preocupaciones que con tan dañina intención como escasa crítica se empeñan en mantener los enemigos del progreso científico y social de la humanidad. Esto dicho, dejemos que use de la palabra el señor Emilio de Margerie.

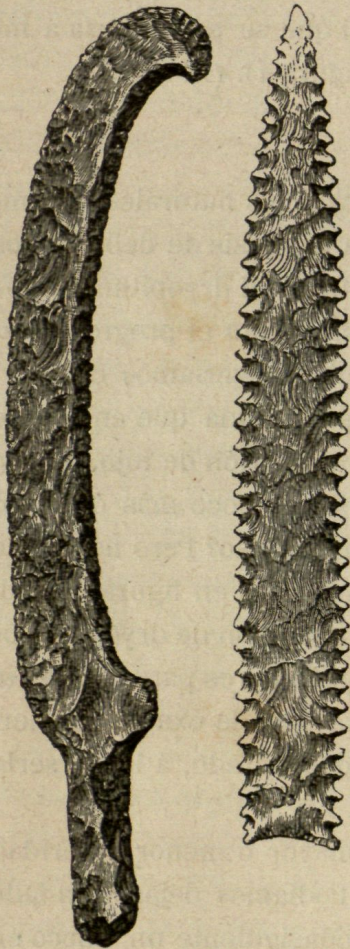


Fig. 23.—Edad neolítica.—Cuchillos escandinavos.

«El libro que el señor Matias Duval acaba de consagrar á la exposición del darwinismo, no es, como lo anuncia el mismo, más que el prefacio de un trabajo mucho más considerable, en el cual cuenta llevar en favor de la teoría de la evolución nuevos argumentos, sacados de sus estudios embriológicos, á los que se entrega desde hace muchos años: las materias de esta obra han sido ya objeto de un curso profesado en la Escuela de antropología, y son las notas de ese curso lo que hoy se publica. La introducción, que no tiene menos de sesenta páginas, puede pasar por sí sola, por una exposición muy acabada de

los principios generales del transformismo; es la reducción de

la obra á la décima parte, reducción muy exacta, destinada á hacer resaltar el provecho considerable que puede sacar el transformismo de los hechos de la embriología comparada. Puede recomendarse sin reserva la lectura de esta notable exposición, escrita en un lenguaje accesible á todos, y en la cual la mayor parte está consagrada á la simple exposición de los hechos, fuera casi de toda hipótesis. La primera parte de la obra (páginas 1 á 95), está consagrada á la exposición de la doctrina de la evolución; la segunda á la de las ideas de Darwin. Esta última comprende cuatro libros: I. *Los precursores de Darwin*. II. *Darwin y sus trabajos*. III. *Exposición de las ideas de Darwin*. IV. *Objecciones y pruebas*. Sabido es que *transformismo* y *darwinismo* son palabras que cada una tiene su sentido muy especial: la doctrina de la *evolución* ó transformismo, de la cual se encuentra ya el presentimiento en las últimas obras de Linneo y de Buffón, pero cuyo origen, no data, en realidad, sino del

gran naturalista francés Lamarck, esta doctrina declara que los caracteres comunes á ciertos grupos animales, caracteres que hacen que los naturalistas los coloquen en categorías definidas ó *especies*, no tienen sino una firmeza relativa; las influencias del medio ambiente pueden modificar esos caracteres de una manera profunda, pero lentamente, á manera de la gota de agua que horada la roca. Si el cambio del medio ambiente es brusco, y las nuevas condiciones en las cuales se halla el animal colocado, son incompatibles con su organización, la muerte sobreviene, ya inmediatamente, ya producida por una consunción gradual; en una palabra, la especie desaparece. Si la naturaleza del medio ambiente cambia poco á poco, la organización de cada generación varía también muy poco, pero esta ligera modificación se transmitirá íntegramente por herencia á la generación siguiente, la cual además, sufrirá, á su vez, una modificación un poco más considerable, y poco á poco, acumulando las alteraciones indefinidas que registra íntegramente la herencia á cada generación, la especie evolucionará hacia otra forma más en relación con las condiciones de existencia que le son impuestas. El transformismo no dice más: admite simplemente que las formas animales se han derivado por vía de transformación lenta, lo que no quiere decir que el gato derive del perro, ni la gallina del loro, sino que el gato y el perro derivan de un antecesor común, y son, si no hermanos, por lo menos primos, representando unos y otros dos formas, puestas en relación con el medio actual, de un tipo anterior y adaptado á condiciones desaparecidas que no han podido sobrevivirle. Conócense ya un cierto número de esas formas antecesorales extinguidas; conócense los antecesores de los caballos y de los asnos, los de los monos (*Calbochærus*, *Dolichoçærus*, *Paleochoærus*), y hoy puede afirmarse, después de los trabajos de Leidy y de Falconer, lo que todavía era dudoso en la época de Cuvier, esto es, que el mammoth, el mastodonte y el elefante son tres tipos salidos de un mismo tronco. Pero faltan aún una cantidad considerable de esas formas intermediarias, pero si se considera que la centésima parte de la superficie del globo ha sido ligeramente rascada tan solo desde hace medio siglo; si sobre todo se considera que el lecho del Océano por entero guarda todavía sus fósiles fuera de nuestro alcance, habría sin duda una parte de mala fe, si se exigiera que la joven doctrina se presentara desde hoy con todas sus pruebas en la mano.

«Darwin vino á revelar, al lado de la influencia del medio ambiente, otras causas de modificación de las formas específicas: en primer lugar se colocan dos importantes factores: *la lucha por la existencia* y *la selección natural*. Partiendo del principio de Malthus, conforme al cual los descendientes de una sola especie habrían invadido rápidamente toda la superficie del globo, si no interviniera la mútua destrucción, Darwin supone que hay lucha por la vida (*Struggle for life*), tanto contra los animales extranjeros, como entre los representantes de una misma especie, y que á cada generación los mejor protegidos son los únicos que sobreviven, transmitiendo á sus descendientes, gracias á la herencia, los caracteres pro-

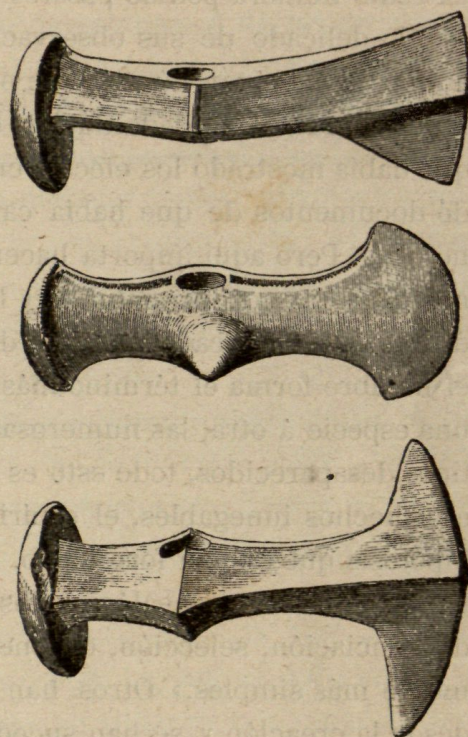


Fig. 24.—Edad neolítica.—Hachas.

tectores. Esos caracteres han sido: la fuerza, el valor y la alta talla, que les han permitido triunfar de las especies más débiles, ó también la agilidad, la pequeña talla, la secreción de un veneno ó de un líquido infecto, la semejanza del color ó de la forma en las hojas, los guijarros, los troncos de los árboles, etc. (*mimetismo*), que les ha sustraído al ojo y al apetito de enemigos sobrado fuertes. Es de esta suerte como, por la eliminación de los más débiles y de los menos bien dotados, por una *selección natural*, se han fijado los caracteres que han asegurado la vida á las formas actualmente existentes.

«Se vé, pues, que la teoría de Darwin—que hemos querido resumir en sus términos generales, por lo mismo que muy á menudo se la discute sin conocerla,—se compone simplemente de una série de hipótesis muy seductoras, propuestas como explicación del hecho de la variabilidad de las especies que anteriormente había proclamado el transformismo. En caso extremo hubiera podido pasarse el transformismo del apoyo que le prestó Darwin; pero este por lo delicado de sus observaciones, no menos que por la elevación de sus ideas, llevó al ánimo de un gran número de naturalistas la convicción, y rehizo la doctrina del golpe terrible que le había dado Cuvier, extendió hasta el grupo humano la ley de la evolución, de la que había mostrado los efectos en los otros grupos animales, y los antropólogos, en posesión de documentos de que había carecido Cuvier, pudieron proclamar el origen siminiano del hombre. Pero aquí importa hacer la parte de los hechos que es necesario reconocer, á menos de obrar con parcialidad, y la de las hipótesis, que por su naturaleza son perfectamente discutibles. El encadenamiento de las formas animales siguiendo una ó más series de las que el hombre forma el término más perfecto, el paso á menudo insensible que se establece de una especie á otra, las numerosas transiciones que formaban entre los grupos actuales los tipos desaparecidos, todo esto es pura verdad, casi diríamos pura *historia*. En presencia de esos hechos innegables, el espíritu humano ha buscado una explicación: de aquí las varias hipótesis que se han formulado. Lamarck, dijo:—«Ese lazo que une las formas animales actuales es un lazo genealógico; los grupos que nosotros calificamos de *especies*, provienen por diferenciación, selección, degeneración ó perfeccionamiento; de tipos anteriores verdaderamente más simples.» Otros han dicho:—«Todas las formas animales actuales han existido desde la creación y se han sucedido desde entonces poco más ó menos sin modificación alguna.» Esta última opinión puede sostenerse; naturalistas del valor de M. de Quatrefages todavía participan de ella. La cuestión presentada en estos términos puede continuar siendo del dominio científico, sin perjuicio de idea alguna moral. Por desgracia, de una y otra parte se han hecho generalizaciones imprudentes. Los materialistas se han apoderado de la doctrina de la evolución y han querido darle, como conclusión, la negación de la acción de Dios en la naturaleza, lo que es absurdo; pues si la especie ha reflejado las modificaciones que sufre el medio ambiente, no se explica quien ha modificado ese medio. Por otra parte, hombres exclusivamente preocupados de los peligros que hacen correr á la fe las deducciones, ó mejor las inducciones materialistas, han creído encontrar en los términos del *Génesis* una consagración de la fijeza de la especie, y, para retirar toda base á la teoría contraria, han negado los hechos, lo que no conduce á nada, como no sea el ganarse el reproche de ignorante ó de mala fe; ahora bien, lo cierto es que la *Biblia* no ha prejuzgado la cuestión, como tampoco prejuzgó la de nuestro sistema planetario, que nadie piensa hoy en rechazar en nombre de la fe. La Creación se contó no en términos que pudieran convenir á los hombres del siglo XIX ó del XXV, sino en el lenguaje que podían comprender aquellos á quienes la relación se di-

rigía, es decir á los hebreos de entonces; por lo demás, no se debe pedir á los libros santos, que de una manera tan amplia se interpretan por lo que toca á las profecías y á los episodios, una precisión de todo punto particular sobre hechos de orden científico, para cuya expresión hasta faltaban términos en el lenguaje: obrando con esta clase de prevenciones, no hay descubrimiento moderno que no deba rechazarse de golpe en nombre de la fe. De todo lo cual concluimos que la cuestión entera del transformismo es independiente de la cuestión de la fe; entre las dos no existe contradicción alguna formal: la ciencia marcha, los términos de los textos son fijos, pero por lo menos su interpretación puede variar. Cristianos muy sinceros pueden compartir la doctrina transformista y salvar su fe sin resistir al progreso científico: ¿no escribía aquí mismo (*Polybiblión*, 1876) el P. de Valroger hablando de los anthropíthecos:—«La idea de esos misteriosos precursores del *reino humano* puede ser quimérica, pero no tiene *nada de heterodoxa*, (citado por M. de Quatrefages). El Abate Faivre d' Envieux está animado de ideas análogas:» Desde el momento que no nos preocupemos de las creaciones anteriores al penúltimo diluvio, la revelación bíblica nos deja libres el admitir ó no el hombre del *Diluvium gris*, *el hombre ptioceno*, y *el hombre eoceno*. (*Los orígenes de la tierra y del hombre según la Biblia y la ciencia*. Paris 1873). De otra parte, uno de nuestros grandes paleontólogos, M. Alberto Gaudry, escribía recientemente estas notables líneas: «Páreceme muy difícil establecer un límite entre la producción de la especie y su conservación. Se me hace difícil representarme el autor del mundo como una fuerza intermitente, la cual, á su vez, obra y descansa; un tal modo de operar es bueno para nosotros, pobres séres humanos á quienes postra el trabajo de un solo día; mejor estimo representarme un Dios que no conocía ni días ni noches, y que desarrolla toda la naturaleza de una manera continua, de la misma manera que, bajo nuestros ojos hace salir lentamente de un humilde grano, un árbol magnífico.» (*Les enchainements du monde animal dans les temps géologiques. Fossiles primaires*, 1883, página 27.)»

Sigue á esta revista crítica la de una obra cuyo título es *Transformismo y Darwinismo*, y su autor el Abate Lavaud de Lestrade, de la que dice el mismo crítico de la obra magistral de M. Matías Duval «que le ha causado una penosa impresión. M. Lavaud es del número de aquellos escritores de los que más arriba hablamos, y que no quieren, por ningún precio, oír hablar de acuerdo alguno entre el transformismo y la fe, rechazando en masa todos los hechos que demuestran la filiación de las especies. Nos hacemos cargo de este libro con pena porque empuja á la guerra, precisamente allí donde se hace necesario buscar la conciliación:»—«El resultado de tales obras será siempre el de lanzar al materialismo á las gentes vacilantes á quienes se pruebe que la religión y la ciencia no pueden entenderse.....»

Para terminar, y porque es de lo más concluyente, copiamos las siguientes líneas:—«No sabiendo (el célebre d' Agassiz) como dar cuenta de la presencia de los órganos abortados ó inútiles que se encuentran en un gran número de séres» (en el hombre por ejemplo)—«y que prueban para nosotros de una manera tan evidente sus relaciones con las formas de que derivan, (1)—declaraba que el Creador los había colocado allí por *gusto de la simetría*, de la

(1) Nosotros confesamos que, incapaces de comprender la entera trascendencia de ciertos datos de la embrilogía y de la anatomía comparada, solo nos declaramos convencidos el día que reunimos formando un todo cuanto Lamarck, Dally, Darwin, Haeckel y otros han dicho sobre los órganos rudimentarios, órganos que lo mismo existen en nuestros sistemas orgánicos de la vida animal, que en nuestros sistemas orgánicos de la vida vegetativa.

misma manera que un arquitecto pone falsas ventanas en un edificio: esta idea de Agassiz, que hizo reír á todo el mundo sabio hará treinta años, y que es de la misma fuerza que el horror de la naturaleza por el vacío, invocada en tiempo de Galileo» (y á expensas de éste) «podíais citarla Sr. Abate, pero era imprudente no citar su procedencia.....»—«Recordad que no es menos ilógico rechazar los hechos científicos en nombre de la fe, que la fe en nombre de la ciencia.»

En nombre de la ciencia hemos creído, pues, nosotros que debíamos hablar de la primera edad de la civilización de la tierra cualquiera que fuera la categoría de seres que entonces la habitaran y promovieran. Si mañana la ciencia desmintiera que el dryopithecó no talló los silices de la edad terciaria sino el hombre, nada tenemos por lo que dejamos dicho que recoger de lo que aquí hemos manifestado acerca de los preadánitas, luego que hayamos declarado, como lo hacemos ahora, que este título es puramente convencional; y si hemos recurrido á él es por no ser nuevo, y por decir, con bastante claridad, que nos referimos á un periodo anterior al hombre en la Tierra.

